

*EL RETORNO AL RITUAL*

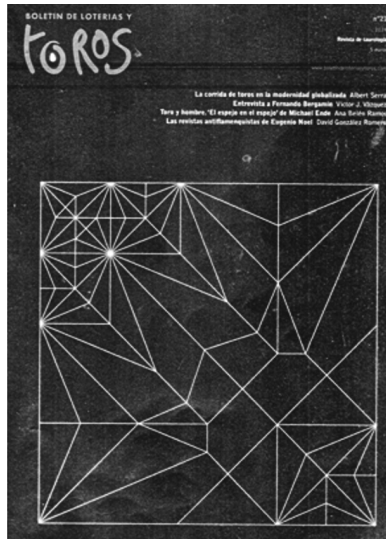


Fig. n.º 13.- González Viñas, F.; Jurado, A. y Collado, I. (Directores) (2016): *Boletín de Loterías y Toros* n.º 21. *Revista de Taurología*, Córdoba, en fº, 135 págs., ils. en color y en negro.

**D**espués de cinco años de silencio reaparece una de las más bellas e interesantes revistas de tauromaquia que hayan existido. Vio la luz en los pasillos de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Córdoba hace más de 25 años impulsada por un grupo de estudiantes inquietos y taurófilos y se ha caracterizado, a lo largo de todo su recorrido, por la multiplicidad de ángulos desde los que ha analizado la tauromaquia: de ahí que se haya autotitulado, con el tiempo, "Revista de Taurología". Al principio, tirada en ciclostil, fue financiada por

el Aula de Cultura de la propia Facultad cuando aún los toros no eran ni censurados ni prohibidos en la Universidad. Su éxito le granjeó la ayuda de la Diputación de Córdoba, que durante años la ayudó, logrando los directores una continuidad en la edición, una calidad envidiable y un interés muy particular por el diseño de la publicación y por la participación de inspirados artistas en su ilustración. A este último número del *Boletín de Loterías y Toros* se asoma la cultura japonesa, consecuencia sin duda de la estrecha relación del viajero impenitente y co-director de la revista, González Viñas, con el Japón, donde encontró tierra amiga y compañera de amores. Así que dos mujeres japonesas protagonizan la parte ilustrativa –siempre esencial en el *Boletín*–: Yuko Harami con fotografías y Kauro Katayama con dibujos de inspiración geométrica y papirofléxica. Como reza el editorial, no nos debe sorprender, por cuanto que la bandera del país del Sol Naciente es un sol rojo en campo albo, «en esencia, un burladero invertido con el rojo y el blanco intercambiando su lugar».

El índice del número 21 nos da idea de la amplitud e ingenio del compromiso del *Boletín de Loterías y Toros* al situar la Tauromaquia en el marco de la cultura contemporánea: 1. Y. Harami: La Blancanieves de Yuko Harami; 2. A. Jurado: Blancanieves, Kant y los enanitos toreros; 3. A. Serra: La corrida de toros en la modernidad globalizada; 3. A. Lechuga: *Rafael de Paula y El Torta*. El arte como autodestrucción y viceversa; 4. V. J. Vázquez: Entrevista a Fernando Bergamín; 5. M. Grosso: ¿Qué culpa tiene Goya?; 6. F. González Viñas: El toreo ye-yé; 7. A. Belén: Toro y hombre. *El espejo en el espejo* de M. Ende; 8. I. Collado: El sitio del hijo. Una lectura del film *Bajo Tauro y Orión* de M. Meert; 9. A. Crespo: Morante. Yo ya estuve aquí; 10. J. Fernández: Amores que matan; 11. F. González Viñas: *A las 5 de la tarde*, una novela gráfica; 12. K. Katayama: Origami, dos trípticos (ilustraciones); 13. I. Collado: Planos desdoblados; 14. P. March: Bergamín en el ruedo; 15. A. Varo: La Córdoba taurina en

los años 60 vista con ojos franceses; 16. V. J. Vázquez: El enigma de la mujer torero; 17. D. González Romero: Entre *Dominguín* y el capitán Scott. Las revistas anti-flamenquistas de Eugenio Noel; 18. S. Navajas: Crítica de la Razón Taurómaca. En resumen, una serie de espacios donde se piensa de los Toros y la Fotografía, y el Cine, y la Filosofía, y la Música, y la Literatura, y el Arte, y el Periodismo y la Ilustración Gráfica.



Fig. n.º 14.- Harami (Fot.): *La cuadrilla de enanos en el film Blancanieves* de Berger, 2015.

Agustín Jurado, uno de los fundadores del *Boletín*, aprovecha su artículo “Blancanieves, Kant y los enanitos toreros” para recordar que con Kant se supera la categoría de lo bello tanto hacia lo sublime como hacia “lo otro”, es decir, hacia lo patético, lo siniestro, lo grotesco. El film *Blancanieves* de Berger es un modelo para entender la incorporación paradójica de “lo otro”, gracias al vehículo de la Tauromaquia, en la belleza. Por eso puede afirmar que las últimas consecuencias que buscaron los artistas de van-

guardia “los toreros las tenían asumidas como parte natural de su trabajo”. Esta incorporación, como bien dice Jurado, “regala la tauromaquia al arte”. En fin, los toreros, afirma Jurado, hicieron ver a los artistas modernos que su miedo al riesgo, que su temor a la utilización subvertida del dibujo y el color era “una niñería en comparación con el peligro real del ejercicio de la Tauromaquia que tenía como límite la propia vida”.

Albert Serra, director de cine, en “La corrida de toros en la modernidad globalizada” expone un arco denso de problemas con los que se enfrenta, y se enfrentará, la Tauromaquia en la sociedad contemporánea y globalizada. Sin duda es un artículo que más que soluciones enuncia incógnitas y problemas y que merece una lectura sosegada. Me voy a ceñir sólo a citar del autor que, desde Cataluña, sintió la prohibición de lidiar toros de muerte (¡Ojo! la proscripción no alcanzó a la incruenta tauromaquia participativa que se mantiene firme y en auge en el Sur de Cataluña), no tanto como una contienda sino como una evolución natural, como un signo de nuestro tiempo, lo que desembarcaría en ver la crisis contemporánea de la Tauromaquia como un problema de Civilización. Serra no llega a este extremo. Es consciente del progreso en España durante los últimos años de la legislación al servicio de la protección de los animales y de su impulso en los movimientos ecologistas y animalistas y la nítida relación del rechazo actual con el avance de la globalización ideológica. Por otra parte, recuerda cómo gana terreno en nuestra sociedad contemporánea un sentimiento colectivo partidario de la ocultación de la muerte, con lo que se esconde a niños y a adultos el elemento básico para comprender la vida<sup>1</sup>. Cualquier

---

<sup>1</sup> Lord Garel-Jones, en su Pregón Taurino pronunciado en el teatro Lope de Vega de Sevilla en 2012, aborda extensamente y con ingenio no sólo la ocultación de la muerte en la cultura anglosajona, sino también la influencia del antroporfismo –atribuir sentimientos humanos a los animales– vehiculado sobre todo por la gran corporación Walt Disney.

manifestación, recuerda Serra, que toque este tema es inmediatamente cercenada. El toreo al hacer visible la muerte se confronta con esta ocultación. Serra piensa que para salvar la Tauromaquia, para permitir que siga siendo ejemplar el espectáculo ritual de la muerte pública, es preciso “radicalizar” la fiesta. Esto es, que los componentes sacrificiales de la lidia sigan presentes, incluso que se agudicen: el toro ha de ser más toro, y ha de quedar la muerte del toro compensada por el riesgo ostensible que corre el matador en el ejercicio del combate de caer herido, incluso muerto. Serra piensa que debemos asumir que el toreo se convertirá, en nuestra sociedad globalizada, en un espectáculo de minorías, incomprensible para los que no son aficionados, minoritario por lo tanto, pero que en ese mismo movimiento de inclusión logrará hacerse más misterioso, mítico, sagrado. Y es, precisamente, sobre estos dos pilares sobre los que José Tomás construye su Tauromaquia ejemplar: se deja ver muy poco, rechaza la retransmisión televisiva y lleva la exigencia de su toreo hasta el límite de su propia vida.

El crítico de cine Andrés Lechuga dedica su contribución a recordar a personalidades tan complejas y paradigmáticas como *Rafael de Paula* y *El Torta* en un capítulo cuya titulación se completa con “El arte como autodestrucción y viceversa”. Añade, además, otro subtítulo esclarecedor refiriéndose a ambos artistas —el uno del mundo de los toros y el otro del flamenco—: «Poseían el poder de despertar en el público una relación que incluía la entrega más absoluta o las muestras de ira más intensa, mediando sólo instantes entre ambas». El proyecto de Lechuga consiste, por consiguiente, en un análisis del público de nuestro tiempo porque constata que «cada vez hay menos público a la altura de determinados artistas». Ese público ligado con sus artistas por una profunda relación emocional va desapareciendo mientras crece una multitud “apabullada” por espectaculares despliegues tecnológicos. Lechuga, el crítico de arte, avisa

de que esta contradicción es consecuencia del avance implacable del «modelo anglosajón, luterano, frío, profesional del espectáculo, frente al paradigma pagano-católico del arte como comunión entre artista y público». Yo también he escrito en más de una ocasión que la corrida de toros es una creación de la cultura católica, pero eso no quiere decir que se deba ser ni siquiera creyente para aceptarlo. Se puede admirar desde una pequeña ermita visigótica perdida por la geografía española hasta un potente templo catedralicio sin ser, en ninguno de los casos, feligrés. Este *Boletín* cierra su ciclo de artículos, como tendremos ocasión de ver, con el capítulo donde el filósofo Lechuga establece una aproximación entre la ferocidad y desmesura de una corrida de toros y la crueldad que expone un paso de Semana Santa en el curso de su itinerario de pasión por las calles de Sevilla. Sin embargo, ahí se oculta el misterio principal del catolicismo: que la tesis de la Vida y la antítesis de la Muerte se resuelven en una síntesis, la Resurrección. No es ninguna casualidad, como demuestra en su último libro, *La passion selon Séville*, la antropóloga Antoinette Molinié, que el Domingo de Resurrección sea el día en que comience el ciclo sevillano de las corridas de muerte, pues la aparición del toro restaura el ciclo de la Vida.

V. J. Vázquez, profesor de Derecho de la Universidad de Sevilla y “diletante”, según el mismo se adjetiva, contribuye al n.º 21 del cordobés *Boletín de Loterías y Toros* con dos interesantes trabajos, una “Entrevista a Fernando Bergamín” y un ensayo sobre “El enigma de la mujer torero”. En esta segunda contribución, Víctor J. Vázquez se pregunta si la relativa ausencia de mujeres en el toreo «nos obliga a preguntarnos si conceptual y ritualmente sería posible la existencia de la mujer torero o, mejor dicho, de una forma femenina de torear», porque si es verdad que han existido y existen mujeres matadoras, todas, sin excepción, han adoptado la forma canónica de lidiar, es decir, han reproducido el toreo de los hombres. Es más, como señala,

“El Diletante”, recordando el transfondo erótico de la corrida que expuso Pitt-Rivers, el ritual de la corrida exige que el matador sea un hombre<sup>2</sup>. En efecto, el torero, que en el primer tercio aparece, frente al poder genésico descomunal de la fiera, dotado con los atributos femeninos, esto es, cubierta la cabeza con una peluca y ocultando su cuerpo tras los vuelos de la capa, no desvela su radical masculinidad hasta que, al comenzar el tercio de



Fig. n.º 15.- *Verónica de Rafael de Paula.*

muerte, no arroja la montera, no blande el estoque y no muestra desafiante sus genitales al toro; ahí empieza la faena de muleta en virtud de la cual el toro va aceptando el dominio del hombre,

---

<sup>2</sup> Pitt-Rivers, J.: “El sacrificio del toro” en Romero de Solís, P. (ed.): *Antropología de la Tauromaquia. Obra Taurina Completa en Revista de Estudios Taurinos*, n.ºs 14-15, 2002, págs. 77-118. Pitt-Rivers expuso su teoría en el marco del Seminario de Tauromaquia que dirigía Antonio Ordóñez en la UIMP de Sevilla. Un número ostensible de hombres del toro que asistían convocados por el prestigio del director abandonaron la sala en desacuerdo.

va asumiendo la ley que le dicta la razón masculina hasta que es penetrado por el arma convertida en falo y recibe la muerte. En suma, la lógica ritual intercepta, según oportunamente señala el doctor Vázquez, la sustitución del varón matador por una mujer torera. Sin embargo, Vázquez, como otros concedores de la obra de Pitt-Rivers, «se resiste a admitir este imposible» y piensa que el protagonismo taurino de la mujer exige encontrar un camino nuevo y radicalmente revolucionario.

Víctor J. Vázquez, en la entrevista que realiza al exquisito pero combativo escritor Fernando Bergamín, se interesa sobre su larga experiencia como aficionado. Sin dudarlo Bergamín le responde que descubrió la Tauromaquia en el exilio mexicano, donde su padre, “Don Pepe”, como le llamábamos los que teníamos con él una relación personal en la que se unía el respeto, la admiración y el cariño, se había tenido que refugiar después de la Guerra Civil. Fernando recuerda, a través de Víctor, su iniciación mexicana a la tauromaquia y nos transmite un escenario de inaudita riqueza taurina en la que irrumpió el inconmensurable *Manolete*. A decir verdad, la “revelación” taurina la tuvo Fernando Bergamín Arniches con el toreo de *Manolete* y con la actitud severa de este matador en la plaza. No dejará, a lo largo de sus muchos años de aficionado, de ser el toreo de *Manolete* su referencia fundamental. «Es Manolete –declara– quien me revela la creencia en el toreo», para añadir que será José Tomás quien lo mantenga en esa “fe taurina”. Fernando reconoce una afinidad entre estos dos grandes matadores en la que domina el sentimiento ético de la entrega total. De todos es sabido la conmoción espiritual que le produjo a Bergamín padre ver torear a Rafael de Paula, tanto que le inspiró *La música callada del toreo* y le inclinó a distanciarse del toreo apolíneo de *Joselito* y abrazar, con fervor de converso, el toreo dionisíaco del gitano. Bergamín Arniches dirá de *Paula* que es «el torero que posiblemente ha toreado con más belleza en estas últimas décadas».



Recordar el toreo de *Paula* llevó a entrevistador y entrevistado a evocar a *Morante de la Puebla*, el único torero actual, según Bergamín, tocado por la gracia de Paula. Comentando la actualidad taurina Fernando confiesa gravemente que siente «la cercanía de su final». Muchos participamos de esta visión pesimista de la actualidad taurina cuando nos confrontamos con esa maldita conjunción del triunfo de toros que ya no son toros, de toreos que cada vez se parecen más los unos a los otros y de un



Fig. n.º 16.- *Bergamín y su hijo Fernando.*

público ignorante empeñado en arrancar al presidente orejas, rabos e indultos para quizá tener la certeza de haber acudido al espectáculo idóneo.

De José Bergamín escribe también el periodista Paco March en su capítulo “Bergamín en el ruedo”, que comienza celebrando a Fernando Bergamín por haber compendiado los distintos ensayos, artículos y poemas, siempre dispersos, siempre de difícil acceso, de su padre, a pesar de la meritoria labor de reedición realizada por Manolo Arroyo en su editorial madrileña

Turner, en un solo volumen titulado *Obra Taurina* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.) March previene que, aunque José Bergamín sea profusamente citado, no por ello es más conocido, debido a la cierta dificultad de su lectura: en efecto, su estilo está próximo a los usos lingüísticos de los autores del Siglo de Oro y lejos del «casticismo que impregna la cultura taurina» contemporánea. March, a partir de la relectura del n.º 29 de la *Revista de Estudios Taurinos*<sup>3</sup>, propone que, de la misma manera que durante la República Bergamín escribió *El Arte de Birlibirloque* y *La Estatua de Don Tancredo*, confrontando el toreo de serenidad y poder de *Joselito* con el quietismo gratuito de Don Tancredo, en los primeros años de la Democracia post-franquista, en 1981, publica *La música callada del toreo* dedicada a Paula y, en 1983, *La claridad del toreo* dedicada a Pepe Luis Vázquez, la primera entregada al misterio dionisiaco de la sangre y la segunda a la apolínea gracia alada de la danza. Aunque en estos dos escritos Bergamín utiliza las mismas categorías que Nietzsche expuso en su célebre *Origen de la tragedia* (1872), las llena, sin embargo, de distinta significación, lo que le permite hacernos entender lo que siente, medio siglo después, ante un toreo hondo y verdadero.

El título del artículo de Manuel Grosso, profesor de Derecho de la Universidad de Sevilla, “¿Qué culpa tiene Goya?”, se refiere a la utilización que hacen los empresarios del prestigio del gran pintor del siglo XVIII para disfrazar a los toreros con trajes de opereta y montar otro espectáculo más que vender<sup>4</sup>. Esta indecente utilización comercial se prolonga actualmente en las “corridos picassianas” que toman de pretexto la

---

<sup>3</sup> Sevilla, 2011.

<sup>4</sup> Grosso salva de la quema a la corrida goyesca de Ronda por su más de medio siglo de tradición, por el prestigio que le dio Antonio Ordóñez y por la serie actual con la que es organizada por el matador en ejercicio Francisco Rivera Ordóñez Paquirri y el apoyo de la propia RMCR.

profunda afición de Picasso al toro para vender simulación, engaño y pacotilla. Organizadores de eventos y empresarios taurinos se unen para colocarnos corridas goyescas, picassianas, pinzonianas... e intentar hacernos olvidar que «el toreo es una ceremonia de vida y muerte» de extraordinaria severidad. «¡A ver cuando nos enteramos –clama Grosso– que los toros son un rito, nunca una actuación!». Y añade que los toros son una fiesta «ancestral, primitiva y cruel, vista con los cánones actuales vigentes». Estos empresarios olvidan que el aficionado lo que quiere ver es una corrida con toros en el sentido cabal del vocablo y a toreros dispuestos a enfrentarse de acuerdo con unas reglas fijas que obligan a que exista un equilibrio entre hombres y animales. Grosso recuerda a los empresarios que los aficionados cabales «queremos lo esencial, no falsos envoltorios que oculten la dureza y la grandeza del toreo», a pesar de que esta reivindicación, desde la lógica dominante, parezca irracional. Nuestro doctor en Derecho también se ocupa de las llamadas “figuras” del toreo empeñadas en ser “artistas”, figuras estéticas, más interesadas en actuar que en lidiar, en las que el “arte” ocupa una finalidad superior a la propia Tauromaquia. Grosso, por último, denuncia algo que nos concierne muy de cerca, y es la utilización de intelectuales de renombre para “adornar la estafa”.

Fernando González Viñas, uno de los fundadores del *Boletín* y actual co-director con Agustín Jurado e Ignacio Collado, contribuye con dos artículos, “El toreo ye-yé” y “A las 5 de la tarde, una novela gráfica”. En “El toreo ye-yé” Viñas rastrea las conexiones que se establecen, con las dos primeras y únicas actuaciones del grupo *The Beatles* en Barcelona y en Madrid, entre ellos y el mundo taurino empezando porque ambas tuvieron lugar en las plazas de toros monumentales de ambas ciudades. Parece ser que Manuel Benítez *El Cordobés* intentó tomar infructuosamente contacto con ellos y facilitó filtraciones a la prensa llegándose, incluso, a hablar de que harían

una película juntos. Favorecían estos rumores el hecho que al manager de los Beatles, Brian Epstein, le interesaba la cultura española en general y los toros en particular, dejándose ver en las plazas acompañado de Orson Welles y otros célebres aficionados extranjeros. Pero, como recuerda González Viñas, donde hubo música y cine fue con un grupo gitano, nacido de una chirigota del carnaval, llamado “Los Bitles (*sic*) de Cádiz” que actuaron por toda España y llegaron a realizar en 1966 un film dirigido por el cordobés Gan en el que Manuel Benítez fue sustituido por

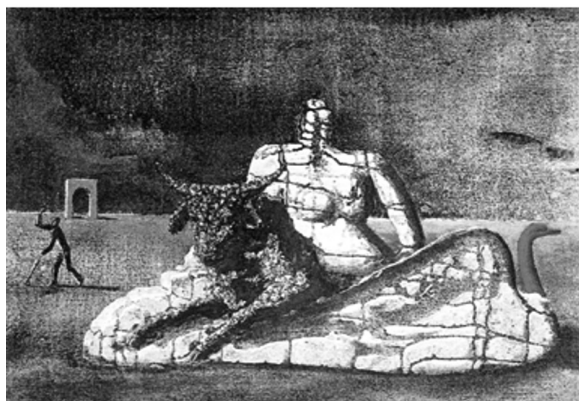


Fig. n.º 17.- Ende, Edgar: *Europa*, 1952, ól.l., 70 x 90 cm.

Blas Romero *el Platanito*, un temerario torero al que recuerdo haber visto poner banderillas cortas al quiebro con la boca. Rescato, por último, la coincidencia que señala González Viñas por la que la Reina de Inglaterra nombra a los Beatles Caballeros de la Orden del Imperio Británico en 1965 y, año arriba, año abajo, el Gobierno de Franco concede al *Cordobés* la Medalla de Oro al Mérito Turístico. Brindo esta noticia a los genuflexos al

poder británico que ensalzan este tipo de exaltaciones cuando se trata de la Corte de Inglaterra y aprovechan para vejar a los españoles por no saber integrar a sus líderes populares. Este tipo de españoles, tan criticados desde los tiempos de la Generación del 98, parecen impermeables a la información.

Fernando González Viñas, en “*A las 5 de la tarde, una novela gráfica*”, escribe un comentario muy elogioso del cómic de M. López Poy (guión) y M. Fernández (dibujo), editado por la madrileña Diábolo, y que relata la vida del torero Lorenzo Pascual *Belmonteño*,



Fig. n.º 18.- Fernández, M.: *Las Ventas en A las cinco de la tarde* (Madrid, Diábolo, 2014).

nacido en Bellver de los Montes en 1921, obra que dibuja con precisión minuciosa la España convulsa de aquel tiempo.

González Viñas aparece de nuevo asociado con el nombre de Ana Belén, escritora, editora y diseñadora cordobesa, que publica en el *Boletín* “Toro y hombre. *El espejo en el espejo* de M. Ende”, una reseña del libro de Michael Ende, impreso originalmente en 1984 que acaba de ser reeditado por la cole-

cción de Letras Populares de Ediciones Cátedra, y que aporta una nueva traducción, esta vez del propio González Viñas. Se trata de una colección de treinta relatos centrados en la figura del Minotauro. A título de curiosidad recuerdo que Ana Belén nos revela el interesante dato de que el autor Michael Ende es hijo del pintor visionario Edgar Ende.

Recensión es también “Amores que matan” del editor Javier Fernández –un historietista– que presenta la novela *Sic Transit o la muerte de Olivares* de Javier de Juan.<sup>5</sup> Aquel año fue el mismo que el de la muerte de Paquirri, escribe De Juan, y aunque *Sic Transit* no tuvo nada que ver con la luctuosa pérdida ésta no hacía sino reforzar la idea de que en el mundo de los hombres sólo hay dos cosas importantes y definitivas “el Amor y la Muerte”.

A continuación dos palabras más para comentar otros tantos artículos que en realidad son dos interesantes análisis de textos. Se trata de los trabajos de A. Varo “La Córdoba taurina en los años 60 vista con ojos franceses” y de D. González Romero “Entre Dominguín y el capitán Scott. Las revistas anti-flamenquistas de Eugenio Noel”. El primero es un amplio comentario al libro publicado en 1990 en París primero por Stock y reeditado en 1994 por Payot –y no traducido al castellano– del sociólogo francés Louis Chevalier *Juanito. Andalousie de boue et de sang*<sup>6</sup>. La obra además de por el peso de su propio texto, tiene interés por sus dos cuadernillos de fotografías obra de Michel Dieuzaide, artista que, como escribe Varo, «ha dedicado a Andalucía y a España abundantes trabajos, muchos de ellos centrados en la Tauromaquia». *Juanito* era un aspirante a torero de muy baja clase social y que trabajaba en el campo como bracero recolectando las cosechas. *Juanito* se ve, como otros muchos

---

<sup>5</sup> Reino de Cordelia, 1984.

<sup>6</sup> En castellano, *Juanito. Andalucía de barro y sangre*.

zagales, deslumbrado por el éxito de *El Cordobés* y quiere emularlo no tanto por la calidad de su toreo –que también porque a ellos, desconocedores en el fondo de la Tauromaquia, les gustaba– sino, sobre todo, por el éxito social y económico alcanzado por el matador, hasta entonces, un “robagallinas”. *Juanito* decide buscar la suerte con el toro, abandona de la noche a la mañana su puesto de trabajo y la consideración que había conseguido por su disposición y conducta entre sus patronos y se marcha a vivir a los suburbios de Córdoba buscando el mundillo taurino y, con él, una “oportunidad”. El afán por un empleo, la frecuentación de bares taurinos y, sobre todo, el moverse por los barrios de prostitutas se convierten en los nuevos nortes de su vida. Chevalier subraya la estrecha relación que existía en la Córdoba de aquel entonces entre el mundillo taurino y la prostitución hasta el punto de dejar entender que una “madama” y un célebre empresario taurino controlaban férreamente, en la década de los 60, el futuro de los aspirantes cordobeses<sup>7</sup>.

De David González Romero “Entre Dominguín y el capitán Scott. Las revistas antiflamenquistas de Eugenio Noel” es el otro análisis de texto que aparece en este espléndido n.º 21 del *Boletín de Loterías y Toros*. González Romero toma el extraño título “Entre Dominguín y el capitán Scott” de la comparación que hizo del propio Noel entre la forma de morir de estos dos héroes populares de la época por considerarlas “paradigmáticas e imprescindibles”. Aparte de la necesidad de leer el texto de Noel para entender esta relación, el artículo de González Romero sobre todo se detiene en las dos revistas *El Flamenco* y *El Chispero*, subtituladas ambas por su director Eugenio Noel como *Semanarios Antiflamenquistas*. El análisis que ofrece David González es lo suficientemente extenso e interesante

---

<sup>7</sup> También había maletillas con su hatillo al hombro y su estoque para torear pero estaban a una escala inferior, ya que Juanito y sus amigos obtuvieron el dinero suficiente para organizarse una capea.

como para que se detengan en él los lectores del *Boletín*. Imbuido por la creencia general que hacía de Noel un furibundo antitaurino y las vagas noticias que me llegaron a través de mi familia de Diega Desmaisiéres, duquesa de Sevillano, “madrina” de nuestro biografiado, al que deseaba que fuera hombre de Iglesia y no torero, como en su intimidad él mismo afirmaba, financiándole sus estudios en el Seminario, primero, y en una institución religiosa en Bélgica, después, decidí leer algo suyo y como, por entonces, estudiaba con Pitt-Rivers la fiesta popular “El Toro de la Virgen”, hoy maldecida tras el nombre de “Toro de Tordesillas”, fui a su obra *Las capeas* y encontré un relato de la fiesta que el elegante antropólogo inglés y yo teníamos bajo observación. Noel había escrito unas bellas páginas sobre la fiesta y, sin duda, la mejor y más objetiva descripción de la misma que había de cuantas habíamos hecho acopio ayudados por el Ayuntamiento de esa maravillosa ciudad vallisoletana de Tordesillas. Carlos Martínez Shaw, director actual de la *Revista de Estudios Taurinos*, a raíz de encargarse de la reseña de la reedición facsimilar de la biografía de Martín el de la Paula, que había dado a luz el Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla, se llevó una sorpresa semejante a la mía. «No es este el lugar, escribe el académico Martínez Shaw, para hacer un valoración literaria del relato pero sí para ocuparnos de su visión de los... toros, que curiosamente en este caso contrasta agudamente con la imagen canónica que tenemos de la ideología de Eugenio Noel». *El Boletín de Loterías y Toros* que reseñamos incluye en la pág. 120 la crónica que Noel titula “Una corrida de toros en Orán”, donde además de describir una plaza y una ciudad animada por la fiesta de toros denuncia que haya toreros que por estar en el extranjero no cumplan correctamente, exigiéndoles un comportamiento serio y honesto. ¡No parece tampoco escrita, ni mucho menos, esta crónica de Orán por un arrebatado antitaurino! Noel merece ser de nuevo estudiado.



El *Boletín* se cierra con un corto pero intenso capítulo obra del filósofo y ensayista Santiago Navajas –autor del *Hombre tecnológico y el síndrome Blade Runner en la era del biorobot* (Berenice, 2016)– titulado “Crítica de la Razón Taurómaca”. Parte de la constatación de que las corridas de toros “son sangrientas, duras y violentas” pero que el proceso mismo de la lidia es capaz, la mayor parte de las veces, de ocultar estas dimensiones negativas y resolverlas en un final asumible e, incluso, bello,



Fig. n.º 19 .- Plaza de toros de la Real Maestranza de Sevilla.

donde la violencia deja de percibirse. En fin, el problema que plantean las corridas de toros es cómo, ante un concurso de miles de personas, puede transmutarse lo bárbaro en civilizado.

Aprovechando las tres significaciones que da el DRAE de la voz cruel (1. Deleite en hacer sufrir; 2. Insufrible, excesivo; y 3. Sangriento, violento), Navajas se pregunta si las corridas de toros de muerte son insufribles o excesivas: lo son sin duda para el torero que se enfrenta a un animal salvaje, nacido para atacar, que pesa media tonelada y está armado de dos pitones como

puñales; sin embargo, el matador no sólo es capaz de superar el miedo que le causa la presencia del enemigo, sino también ir a por él aumentando el absurdo de la situación y no retirándose a tiempo como le pide el cuerpo. Simultáneamente, el público padece un fenómeno parecido, pues los espectadores están escindidos entre los que retiran la mirada horrorizados ante el peligro, la sangre y la muerte y los que permanecen atentos, fascinados por el despliegue de valor, la belleza del triunfo de la inteligencia y, como diría Hegel y recuerda Navajas, la astucia de la razón capaz de llevar al toro a que rinda su naturaleza salvaje. Sobre esta dualidad el matador dibuja su faena como una línea roja que separa la vida de la muerte.

Pedro Romero de Solís  
Fundación de Estudios Taurinos

